

March, 15, 1906. Subscription rates: Per annum... \$ 2.00 gold Per 6 months... 1.10 Editor and Proprietor: ANTONIO I. VILLARREAL

CONDICIONES:

"REGENERACION" Se publica los dias 10 y 15 de cada mes. La suscripcion para Mexico, vale \$5.00 plata, por año y \$2.75 por semestre; y para los Estados Unidos los precios arriba indicados.

Los envios de dinero pueden hacerse por Giro Postal Internacional, por Express, en Billetes u Ordenes de Banco o, en ultimo caso, en Timbres Postales.

Las personas que reciben REGENERACION se serviran mandar pagar directamente su subscripcion, pues no podemos girar contra nuestros abonados. NOTE.-NO SE SERVIRA NINGUN PEDIDO SI NO VIENE ACOMPAÑADO DE SU VALOR.

pecialmente en Torreón. Cárdenas es a directamente interesado en el negocio del juego, como que le proporciona pingües ganancias a las que no renunciará el sordido haragán y solamente por calmar la excitación pública y porque es amante de representar faras indignas, ha hecho que los parióticos ofiosos, propalen la versión inexacta de que el Gobierno persigue el vicio del juego.

Mientras esas hojas deshonradas, el juego existe con permiso oficial, en Torreón, sobre todo en la cantina "El Delmónico", propiedad de un tal Cortina. Antes era el concesionario Eugenio Aguirre y hoy lo es Eduardo Prieto. Eugenio Aguirre había logrado renovar la concesión para el presente año; pero el Presidente Municipal saliente, Luis M. Navarro, se interpuso y la obtuvo del Gobierno, como último servicio, previo el pago de \$15,000.00 que entró en la Tesorería Municipal. Navarro a su vez, se las traspasó en \$35,000.00 a Eduardo Prieto, un pícaro jugador que con su cortejo de timadores y en combinación con el propietario de la cantina "El Delmónico", despluma a todos los incautos que concurren al garito, inclusive a los menores de edad; pero principalmente a los empleados del Ferrocarril que tienen acción al juego.

La sociedad de Torreón está alarmada por el incremento que de día en día toma el vicio de que hablamos y por los terribles efectos que produce. Una comisión de señores que aún no pierde por completo la fe en la justicia (?) que administra el Dictador, se encarga de recoger firmas que calquen una solicitud en que se pide a Díaz que haga cesar las calamidades que afligen a Torreón, prohibiendo que los tahures cometan más latrocinios. Con tal objeto, se han reunido innumerables firmas que significan un voto de censura contra las autoridades de Coahuila y una protesta contra las explotaciones ejercidas por los discípulos de Birján. Ese documento sería respetado y atendido en un país donde el Gobierno dimanara de la voluntad popular; pero no en México, donde la usurpación es el medio eficiente para alcanzar puestos públicos y donde existe estrecha solidaridad entre los opresores, que mutuamente se protegen y se sostienen.

La comisión que vaya a la capital de la República, no logrará otra cosa que abochornarse, al convencerse plenamente de que el Presidente, en lo que al juego concierne, es tan tolerante como Miguel Cárdenas. El remedio de nuestros males no está en elevar súplicas al Dictador que de nosotros se burla y de nuestra humilde y vergonzosa actitud se mofa. El pueblo principia a penetrarse de esta gran verdad y por eso procura alcanzar con otros actos más viriles lo que no consigue con la súplica y la humillación.

Un papasal cardenista, "El Eco de Torreón," tuvo el descaro de abogar por el Gobierno, con referencia al asunto que nos ocupa, y a sentar que el juego es benéfico a las sociedades, pues que presenta una oportunidad de lucro a los que desean probar fortuna. El pueblo no quiso soportar la injuria ni pedir, en vano, justicia al Dictador ó a algún representante de éste y se limitó a castigar la desvergüenza del papelucho, apedreando las vidrieras de sus oficinas y efectuando una manifestación ruidosa en que abundaron los improperios al insolente "Eco de Torreón."

Sin duda alguna que en este caso, como en cualquier otro, impresionará más al Dictador, la enérgica actitud del pueblo, que los razonamientos más ó menos fundados, más ó menos brillantes, expuestos por comisiones que ante él ocurran con ademán humilde, implorando gracia y conmisericordia.

A los miembros del Partido Liberal.

Por acuerdo de la Junta Organizadora del Partido Liberal, se suplica a los miembros del Partido, envíen sus cuotas mensuales sin esperar previo cobro, procurando que sus remisiones lleguen a la Junta antes del día último de cada mes.

St. Louis, Mo., Marzo de 1906 El Secretario, Antonio I. Villarreal.

Busquese el proximo numero.

blon. Las fuerzas proletarias se han venido gastando miserablemente en beneficio de unos cuantos mimados de la fortuna, nacionales y extranjeros, que viven preñados como anguillones sobre la masa trabajadora del país, mientras que el que todo lo produce, el obrero, ha visto cómo se agrava su miseria, como se cierra ante él el horizonte limitado por las bayonetas del César para que no pueda escapar de las uñas de sus amos.

Y ese dorrocho de fuerza y de inteligencia os precioso que se contenga, para que la nación mexicana pueda llegar a cumplir sus gloriosos destinos impulsada por sus hijos libres y felices.

El malestar desahucado la República, y no tenemos esperanzas de que la colonización sustituya la sangre mexicana que se escapa por las fronteras de la Patria. ¿Qué trabajador extranjero podrá avenirse al salario de mendigo que pagan nuestros traficantes? ¿Qué trabajador extranjero podrá soportar las enormes jornadas a que están condenados los mexicanos? De ahí que la única colonización con que contamos, es la de negociantes atraídos por la facilidad de haber negocio en nuestra tierra de esclavitud donde al obrero se le roba casi todo su trabajo, y lo que la Patria necesita no son negociantes, sino trabajadores hermanos de los obreros que vayan a trabajar con ellos y no a oprimirlas y a explotarlos.

Por todo lo anteriormente expuesto, exhortamos a nuestros hermanos los obreros, a todos los que viven de su trabajo, a que escuchen nuestras palabras y consideren si es patriótico continuar siendo esclavos de los poderosos y juguete de la Dictadura, para la cual el obrero es carne de presidio y de cuartel, ó si el patriótico está en el mejoramiento intelectual y material de los que componen la inmensa mayoría de los mexicanos.

En las naciones adelantadas del mundo, el obrero ha conquistado ventajas que lo ponen en aptitud de luchar con éxito contra la codicia del capital. En esas naciones, muchos gremios obreros han conquistado la jornada de ocho horas de trabajo, ganando salarios que distan mucho de ser las mezquinas limosnas que se pagan en México. ¿Por qué no han de conquistar los obreros mexicanos la jornada de ocho horas de trabajo y un aumento de salario? Hasta en naciones latino-americanas, como el B. Azil, Chile y la Argentina, diferentes gremios obreros han conquistado esa jornada de trabajo más racional, que las largas horas que permanece encorvada sobre su labor de galeote el menestral mexicano.

Es necesario reaccionar. El patriotismo no consiste en lanzar vivas desentendidos a la Patria y a sus héroes en nuestros grandes días, sino en buscar el mejoramiento común, la elevación de la raza por medio de la justicia y de la libertad, dentro de las cuales únicamente pueden prosperar las actividades honradas y los nobles esfuerzos.

Para ser dignos de los héroes que se estoraron por hacernos felices, necesitamos trabajar empeñosamente por el bien de todos, con lo que se obtendrá la grandeza de la Patria. Así, pues, hay que conquistar los ocho horas de trabajo y el aumento de los salarios. De ese modo, el obrero podrá instruirse y procurar hijos sanos y libres que a su vez se instruyan, para formar la falange libertaria que no permita que la Patria vuelva a caer bajo las garras de otra Dictadura como la que hoy nos avergüenza y nos humilla, y ponga a raya las extorsiones de los próceres.

EL JUEGO EN TORREON.

Nuestro colega "El Demócrata" de Torreón, publicó en su edición correspondiente al 6 de Febrero último, un artículo titulado "El Juego en Torreón—El Gozo al Pozo," en el que describe cómo la sociedad se engañó al creer que el Gobierno había clausurado una cantina, donde con escándalo se jugaba, y retirado terminantemente la concesión del juego de que disfrutaba un desmoronado favorito que ha labrado su fortuna explotando a los incautos.

Cárdenas que en su adoración a Reyes ha llegado hasta asimilarse el imperialismo de éste, se irritó con el impulso por el veraz periódico de Torreón y dirigió un oficio al Presidente Municipal de la citada Villa, oficio que reproduce la prensa asalarada, en el que afirma, que la publicidad de que se juega en la cantina de las autoridades, perjudica el "bien nombre" de la administración, y por lo mismo, ordena que se "consigne el caso a la autoridad competente, a fin de que levante la averiguación respectiva para el esclarecimiento de la verdad y castigo de los que resulten culpables."

El Presidente Municipal se apresuró a obsequiar el mandato del tirano de Coahuila, dictando orden de aprehensión contra el Sr. Juan N. Cervantes, Editor del semanario denunciado, y a quien se persigue con rabioso afán, como si se tratara de un facinoroso. La persecución de que es víctima el Sr. Cervantes, resulta tanto más odiosa cuanto que es público y notorio que el juego existe en Torreón, tolerado y fomentado por las autoridades del Municipio y del Estado.

La cantina "El Delmónico" es un garito público, situado en un lugar céntrico y custodiado por un policía especial que paga la Presidencia Municipal. Allí se juega ruleta, alburas, craps y prismas; allí se roba al pueblo con papeleta de impunidad; allí rebatan al jornalero el fruto de sus penosas labores; la tranquilidad a muchos desventurados que arriesgan el canal de sus familias y la honra a los que, agudoneados por un afán de lucro, por la obsesión enfermiza de poseer las planchas enloquecedoras que exhiben los dueños de la partida, acuden al robo cuando su dinero se les agota y vuelven a apostar, a proporcionar más ganancias a los bribones jugadores de oficio, que siempre pierden, que hacen del juego un criminal modo de vivir y jamás van a la cárcel, porque len esta época de oprobio, todo es licito, teniendo cuidado de alquilar a precio de oro, la complacencia a vena de los mercaderes que rigen los destinos de la Patria.

Durante la Administración de Cárdenas, el juego ha adquirido desastrosa preponderancia en Coahuila y es-

un calabozo de la Estación Central de Policía de Mérida. Después del Sr. Arjona, Don Porfirio nombró Administrador de Rentas a un despreciable sujeto que se ganó la protección del Dictador, por haber sido el ayudante de Terán en la hantombé del 25 de Junio de 1870. Veremos si con los datos que apuntamos se deja de rendir en nuestra Patria tanta admiración a los enriquecidos por medio del robo, de la fealdad, y a los que ascienden a los puestos públicos en lugar de subir a los cadalsos.

REDENCION.

La prosperidad de las naciones está en razón directa del bienestar y de la ilustración de sus hijos. No necesitamos argumentar sobre esta verdad que por sí sola se impone con la fuerza de un axioma, y que únicamente podrán negar los que estén interesados en que a las clases proletarias no llegue el bienestar que da aliento y estímulo, ni penetre un rayo de luz en las legiones del trabajo tan infortunadas y tan sufridas.

Sentada la anterior verdad, no es difícil explicarse el atraso lamentable en que se encuentra la República; la inmensa mayoría de los mexicanos no son dichosos ni son instruidos, y esta verdad tampoco necesita demostración porque todos la palpamos, no hay uno solo que deje de observarla.

Ahora bien, si la ilustración y el bienestar hacen grandes a los pueblos, el pueblo mexicano, para ser grande y próspero, necesita instruirse y conquistar su felicidad, pero cómo hacerlo? ¿Cómo ilustrarse en las condiciones actuales del trabajo en nuestra Patria? ¿Cómo puede ser feliz un pueblo que tiene el estómago vacío?

Es inútil pensar que el obrero pueda instruirse mientras la jornada de trabajo continúa siendo tan exagerada como lo es actualmente en nuestro país, donde se llega a trabajar hasta dieciséis horas por día y rara es la labor en que los trabajadores tienen que trabajar menos de doce horas por día y más de diez. En tales condiciones, es inútil, repetimos, pensar que el pueblo pueda instruirse. Raro será el hombre que después de una jornada agotante se sienta dispuesto a otra cosa que a descansar, y eso sucede con los obreros mexicanos.

No faltan, empero, teóricos estúpidos que critiquen al obrero mexicano por lo que ellos llaman poca ó ninguna adición al estudio. Eso sólo pueden decirlo los señores que trabajan poco ó no trabajan, comen bien y habitan cuartos saneados; pero la vida del obrero y en general de todos los que dan su trabajo en cambio de un sueldo ó jornal, es muy distinta de la de los teóricos que desde su estudio y al in flujo de una grata digestión, dirigen sus críticas a los hombres de trabajo encorvados y jadeantes.

No se puede pedir mayor esfuerzo a los hombres acaudalados por la anemia y por la fatiga, y si se quiere trabajar por la redención de los trabajadores, nada se conseguirá por medio de la crítica imbecil de sus defectos ó de sus vicios que no son las causas de su analfabetismo, sino los efectos de la odiosa explotación que sobre ellos ejercen los señores del dinero y de la tierra, facultados por el Gobierno descaudado y traidor que aconseja sistemáticamente a los ricos que no paguen buenos salarios ni reduzcan las horas de trabajo con el deliberado propósito de impedir que el pueblo trabajador tenga un momento de respiro así que pueda pensar y darse cuenta de su situación, lo que lo empujaría a derribar indignado con toda la fuerza de sus odiosas devoradas durante siglos de esclavitud y de miseria, el andamiaje podrido de la aristocracia y la tiranía.

Es azarosa la vida del proletario en el que se ceban todas las codicias, en el que cabalgan todas las ambiciones, en el que están prendidas todas las rapinas, sin dejarlo mover, sin permitirle que levante la frente eternamente sudorosa de fatiga y de congoja. ¿Qué puede desear, concluida la labor del día, el hombre que por largas horas ha tenido en tensión sus músculos ó fatigado por largo tiempo su atención? ¿Qué puede desear ese hombre cuyo desgaste nervioso no puede ser aliviado por la mezquina ración de alimentos que su escaso salario le permita llevar a su estómago? Un hombre sometido a un trabajo así, mortalmente embrutecedor, no puede desear otra cosa que el descanso; recuperar las fuerzas perdidas durante el día en beneficio del amo, si es que las fuerzas pueden recuperarse en las covachas donde se amontonan las familias proletarias, covachas húmedas, infectas, saturadas de sudor y pobladas de parásitos asquerosos, y donde se reproducen los esclavos, sin un goce, sin una esperanza que ilumine su existencia sombría de parias irreverentes.

¿Cómo podrá elevarse el nivel intelectual de hombres sometidos a tan dura esclavitud? ¿Cómo podrá ser grande la Patria si sus hijos perecen de fatiga, sin tiempo para instruirse, y, sobre todo, a pesar de trabajar como mulos de carga, sin una conveniente ración alimenticia?

Preciso es que los teóricos y los moralistas que no ven lo que ocurre a cinco pasos de su gabinete de "estudio", estudien las causas de nuestro lamentable atraso y no inculpen gratuitamente a los trabajadores. Si los que lanzan cargos terribles sobre los obreros hubieran creído en las mismas circunstancias que esos pacientes elaboradores de riquezas ajenas, indudablemente no se harían cargo alguno a las víctimas de la codicia y de la tiranía.

Es tiempo ya de que cese tanta injusticia y de que todos los que con sinceridad deseamos para la Patria un porvenir glorioso, apliquemos los odios a todas las puertas de las pocilgas donde nuestra raza agoniza de miseria y de fatiga, y con seguridad escucharemos las protestas proletarias que se formulan en la intimidad para evitar la odiosa intervención del gendarme ó de la delación de los iscarotes ante los patronos vengativos.

Para mitigar la injusticia, los trabajadores deben luchar por alcanzar un salario más elevado y una jornada de trabajo más racional.

Hay en nuestra Patria un derroche enorme de fuerza y de inteligencia que es necesario detener para que no se agote la potencia vital de la República.

mesa se resolvió en un nuevo crimen.

En nombre de algunas de las víctimas de Escandón y en nombre propio, dirigía las gestiones del caso, en la Capital de la República, el Sr. D. Jovito Serrano, hombre de más de cincuenta años, respetable y perfectamente honrado. Escandón no pudo sufrir que alguien revelara sus picardías y se puso de acuerdo con su pariente el Gobernador del Distrito (que también fué con el Presidente a la Hacienda de Atlihuyán) para hacer que Serrano fuera aprehendido. El Sr. Serrano resultó graciosamente sorteado para el servicio de las armas y con precipitación se le condujo a Yucatán. Dicho señor estaba exceptuado del servicio militar obligatorio, pues que contaba más de cuarenta años de edad, que es la reglamentaria. Además, no era vecino de la ciudad de México, donde se hallaba solamente de tránsito, y el supuesto sorteo se efectuó sin las formalidades de ley: no tuvo verificativo en la época que señala el reglamento respectivo ni se publicó el padrón en la forma debida.

Inútiles fueron las gestiones ante el Juzgado 2º de Distrito y ante la Suprema Corte, en el amparo promovido a instancias del desventurado señor Serrano. Los encargados de administrar justicia, optaron decidida y unánimemente por acatar la consignación cesárea. El Sr. Serrano no fué traído de Yucatán y allí pereció hará unos cinco meses, víctima del clima mortífero, dejando a su familia en el desamparo y la miseria.

[Tras el despojo, el asesinato] ¡Esto fué a sancionar Porfirio Díaz con su visita a la Hacienda de Atlihuyán!

en las fincas henequeneras de la península existe la esclavitud. Aun no se apagaban las protestas contra la desgarbada actitud del tirano, que resueltamente se declaró en favor de los negros yucatecos, cuando un nuevo hecho, de carácter semejante a aquel, viene a recrudecer esas protestas. Díaz, a raíz de haber sancionado la esclavitud en Yucatán, sancionó el latrocinio en el Estado de Morelos.

El Mayor Pablo Escandón, Ayudante del Presidente, es dueño de la Hacienda de Atlihuyán, ubicada en el Distrito de Yautepec, Estado de Morelos. Dicha hacienda tenía una pequeña extensión de terreno que poco a poco fué ensanchando Escandón, por medio del despojo, en complicitad del Gobernador Alarcón y con notable perjuicio de los pueblos circunvecinos. Más aún: los despojadores no se conformaron con la expropiación de tierra sino que se declararon propietarios de todos los animales que en estas se encontraban.

A esa hacienda fué últimamente Díaz, de paseo, obsequiando la invitación que le hiciera el rapazburócrata Pablo Escandón. Tal visita es de trascendencia, significa que el Dictador apoya los latrocinios de su ayudante y que prohíbe a los perjudicados reclamar sus derechos.

Es inicua e inhumana la conducta del Presidente al aceptar la invitación de visitar una hacienda formada a fuerza de despojos, máxime si se considera que está en antecedentes, que conoce los detalles del crimen, pues que ante él se quejaron los vecinos robados y personalmente le hablaron del asunto y hasta le arrancaron la falsa promesa de impartirles justicia. Esa pro-

ORIGEN DE LA RIQUEZA.

Es axiomático que Porfirio Díaz, por el hecho de rehusarse los hombres honrados a ser sus colaboradores en la ruina de la República, ha tenido que echar mano de todos aquellos individuos que por la afinidad de sus instintos con los suyos, los encuentran apropiados para ejercer con ellos la tiranía.

Si nos atuviéramos al bombo que los orgánulos del Gobierno la hacen a Yucatán, sacaríamos en limpio que el pueblo yucateco no podría menos que sentirse altamente honrado con la jefatura de aquel conspicuo "científico;" pero dado el examen de las personas y de las cosas, podemos afirmar que Olegario Molina tiene los mismos instintos que Bernardo Reyes, que José Ives Limantour, que Emilio Pimentel, que Mucio Martínez ó que cualquier otro de los "honorables" colaboradores de la Dictadura.

Olegario Molina es un taur de profesión, y a pesar de que nuestra Carta Fundamental lo inhabilita por esa circunstancia para ejercer sus derechos de ciudadano, lo vemos ocupando la Primera Magistratura de Yucatán. La fortuna de Olegario tiene por origen el robo y el juego. Como jugador es admirable ese hombre que no tiene más que un ojo. Su sangre fría desconcierta a sus compañeros de juego, y si se agrega que es habilísimo para esconder cartas ó para emplear esas mi fullerías que tan bien conocen los jugadores profesionales, queda explicado por qué pocas veces pierde ese distinguido taur.

Por regla general, los hombres que como Olegario están dominados por el vicio del juego, no pueden contentarse al comenzar a perder. Olegario, empero, se contenta y deja de jugar a tiempo, para reanudar el juego cuando comprende que tiene que habérselas con novicios fáciles de saquear.

Un hombre pervertido por el juego, no puede tener muchos escrúpulos y por eso Olegario es inmensamente rico. Cuando murió su jefe de Oficina, un señor Rendón, sumamente rico, Molina se encargó de la testamentaria.

El primer paso de Molina fué declarar que la testamentaria estaba en la "más absoluta quiebra, declaración que nadie creyó, porque a todos constaba que el Sr. Rendón era muy rico. Se puede calcular todo lo que "ganó" Olegario con la testamentaria, si se tiene en cuenta que a la viuda sola le fué entregada una magnificencia de los bienes que poseía el rico testador, y esa insignificancia la dejó a la "magnanimidad" de Olegario Molina, quien declaró que hacía ese "beneficio" a la señora solamente por el amor que sentía por su antiguo jefe. Sin embargo, el público siempre ha tenido la sospecha de que el rápido incremento del capital del Gobernador de Yucatán, tuvo por base la muerte de aquel señor "completamente quebrado".

Estos antecedentes de Molina, lo pintan admirablemente, a la vez que sirven para explicar su presencia en la Primera Magistratura de Yucatán. ¿Quién mejor que Olegario puede ser digno colaborador de Porfirio Díaz? Ya que el Tigre de Alica y Chuchú el Roto y Herachlo Bernal pasaron a mejor vida y es imposible que ayuden al Dictador, justo es que los que quedan se encumbren y ejerzan su oficio sin la amepaza de la cárcel y de la horca, para lo cual basta con la investidura oficial, que es la mejor patente de impunidad que han inventado nuestros mandatarios.

Vamos a relatar en seguida otra de las concocidísimas hazañas del "honorable" Olegario Molina. Fungió de Administrador de Rentas en Yucatán el Sr. José Arjona, hombre honrado, pero débil, que manejaba con escrupulosa honradez los caudales públicos. El Sr. Arjona era un obstáculo para los fines aviesos del traidor General Francisco Cantón y del Lic. Olegario Molina, que deseaban tener en el puesto que ocupaba el Sr. Arjona, a un instrumento dócil que les per-

mitiera, indudablemente, defraudar al Erario. ¿Pero cómo hacer para que aquel hombre honrado diera un motivo que ameritase una destitución? El problema hubiera sido difícil para otros hombres que no fueran Cantón y Olegario. Empedernidos tahures los dos, y contando con la influencia que da el dinero aunque sea mal habido, que casi siempre lo es, comenzaron por agazajar al Sr. Arjona, quien viendo bien tratado por los personajes más ulinantes de Yucatán, se entregó por completo a sus "deleitamentos" amigos, en quienes depositó toda su confianza, sin sospechar el torpe lazo que le tendían sus improvisados camaradas.

El Sr. Arjona era objeto de halagos y de festejos por parte de los dos histriones. Era convidado con frecuencia a pasar días enteros en las haciendas de tan distinguidos esclavistas y lo indujeron a que jugara con ellos. El Sr. Arjona se entregó. ¿Cómo había de sospechar que aquellos oropelados señores, fueran un par de redomados bribones? Sabían perfectamente Olegario y Cantón que el Sr. Arjona no tenía bienes de fortuna, porque nunca había sido ladrón, y que, si jugaba con ellos, no era difícil comprender de donde salían los billetes de Banco que perdía, más eso era lo que querían, que el Sr. Arjona tomase el dinero del Erario, para llevar a cabo el propósito de eliminarlo de la Recaudación de Rentas.

Honrado como era el Sr. Arjona, al perder la primera cantidad comprendió el precipicio que se abría a sus pies, y pensó en ahorrar para salvar su honor, y al efecto, se hizo el propósito de no jugar más; pero viejos fulleros Olegario y Cantón, supieron como embaucar al pobre señor, acen seándole que en el juego estaba su salvación y que con unas cuantas veces que ganase, podría resarcirse de sus pérdidas. No se ocultaba al par de jugadores que el Sr. Arjona estaba jugando el dinero de la nación que ellos se embolsaban, pues como decimos, sabían bien los tahures que el pobre empleado no tenía bienes de fortuna, y cuando comprendieron que ya estaba bien cogido el Sr. Arjona, bajo el Gobierno de Carlos Peón, no talaron por su estupidez, intrigaron para que se pasase una visita a la Administración de Rentas, la que se llevó a efecto descubriéndose el desfalco con asombro de... Olegario y Cantón.

Traidor Francisco Cantón, quienes se avergonzaron de haber sido amigos de un hombre que enponían honradamente el dinero que con fullerías habían ganado al infeliz Arjona, y que, en realidad, ellos le habían robado a la nación porque no ignoraban que el Administrador de Rentas jugaba el dinero del Erario.

Esto pasó en 1887. El Sr. Arjona fué condenado, a pesar de su avanzada edad, a la pena máxima de doce años de prisión, mientras que los que lo indujeron a cometer el delito han sido Gobernadores y gozan, por sus mismos delitos, de las confianzas del octogenario tirano.

Lo más irritante en todo este embrollo palaciego, es que al Sr. Arjona no se le ha concedido su libertad preparatoria. En 1903 cumplió la mitad de su condena, se ha portado bien en el interior de la prisión y ha dado inenquincadas muestras de arrepentimiento. Por todo eso, le corresponde salir en libertad preparatoria, pero a Olegario y a Cantón les estorba ese hombre y procuran tenerlo en la cárcel para que no hable, para que no descubra más de un turbio negocio en que están comprometidos esos funestos personajes, y no es difícil que se asesine a la anciana víctima en el interior de la cárcel donde se la tiene confinada en la Bahía de la Ascención. Ya se sabe que Olegario Molina se deshace fácilmente de las personas que le estorban, asesinándolas en las prisiones, como ocurrió al infortunado opositor Sr. D. Abelardo Ancona, quien fué sorbillado a balazos por orden de Olegario Molina en el fondo de

cias. Los hacendados tienen, así mismo, la costumbre de alquilar sus peones a otras empresas. Los contratan con las compañías mineras a \$2.50 y \$3.00, y el día de pago recogen la raya y se la roban cínicamente, abonando sólo a los infelices indios, cincuenta centavos diarios. También los venden con conocimiento de las autoridades que se encargan de hacer cumplir esos pactos criminales.

El Gobierno lleva la perversidad hasta el grado de huir en sus sentimientos más tiernos, a la mujer indígena. Arrebatada a los pequeños yaquis de los brazos amorosos de la madre, so pretexto de evitar que ésta les enseñe a odiar a los verdugos de la raza.

Las madres son deportadas a Yucatán y los hijos distribuidos como peones entre las personas que los solicitan.

Escenas desgarradoras ocurren en los momentos en que las madres son separadas brutalmente de sus hijos. La desesperación las embarga, no sólo por el obligado abandono del ser más querido sino porque saben que de esa manera queda para siempre sellada la esclavitud de sus hijos.

En efecto, cuando las fuerzas federales ó del Estado hacen "junta de indios", los hacendados se presentan a las autoridades y piden los inditos que les son entregados en calidad de siervos. Esto lo saben las madres, que en su amor salvaje a la Libertad, muchas veces prefieren la muerte de sus hijos, antes que dejarlos en poder de los esclavistas.

Un episodio tremendo pinta la desesperación de las madres indígenas.

Estaban recluidas en la cárcel de Hermosillo, varias mujeres yaquis que próximamente serían deportadas a Yucatán. Las madres debían dar el último adiós a sus hijos. Dos damas prominentes de la ciudad, las esposas de los execrados Torres é Izabal, tal vez en cumplimiento de una exigencia social, ó tal vez por compasión, acudieron a la cárcel, con el ánimo de convencer a las indias que entregaran voluntariamente a sus hijos. Se apersonaron con una madre yaqui que tenía un indito en los brazos y le aconsejaron que lo regalara a una amiga de ellas, que lo atendería con esmero y le daría educación.

La india, meditabunda, angustiada, escuchaba tales proposiciones, sin proferir una palabra. Las damas insistían y ella insistía en callar, embargada en dolorosos presentimientos y congestionada por una obsesión trágica que le martillaba las sienes y le enagenaba la voluntad. Varió la proposición una de las damas y dijo a la india: "dame tu hijo a mí que soy rica." La yaqui comprendía que se acercaba el último momento y que el indito le sería arrancado por la fuerza. Debía obrar. Cogió a su hijo de los pies y nerviosa, lo azotó contra una piedra, despedazándole el cráneo y causándole la muerte. "¿Quieres mi hijo?"—rugió—prefiero que muera antes que entregártelo," y se arrojó sobre el cadáver anegado en llanto y presa de violentas convulsiones.

A tales extremos conduce la "civilizadora" guerra que la Dictadura sostiene contra la desdichada y valerosa tribu yaqui, que fué primero despojada de sus tierras y luego condenada al exterminio.

Tras el despojo, el asesinato.

El Dictador ha perdido por completo aquella habilidad tan alabada por unos como censurada por otros, a la que llamaban "admirable tacto político" los turiferarios, y perversa doblez los ciudadanos de conciencia recta.

El Dictador ya no sabe cubrir las apariencias. Tampoco sabe resistir a las pérdidas insinuaciones de los cortesanos su carácter de hierro tan elogiado por la muesa mercenaria, ha degenerado en triste debilidad senil, enfermiza y enclenque, y absolutamente dócil a las maquinaciones de los palaciegos que privan en las altas esferas oficiales.

Nebulosas postimerías del espíritu porfiado y sagaz y admirablemente disciplinado ayer en la gimnasia de la intriga, a la que consagró los vigores de su juventud y las fuerzas de su cerebro! Díaz es hoy un hombre sin voluntad, fácilmente manejado por la camarilla que lo rodea. No hace muchos días, el "científico" esclavista Olegario Molina, le remolcó a Yucatán y lo hizo que desde una hacienda donde los siervos gimen dolorosamente, levantara la voz alzada para condenar a los que proclaman que